



CAPÍTULO IV

De las conversiones extraordinarias obradas en Ars.

EN el capítulo precedente hemos expuesto los hechos, citado los nombres y fechas, presentado los testigos y las pruebas; esto no obstante, no nos lisonjamos de haber convencido á esa multitud de lectores que desean creer en Dios, á condición de que no haga milagros.

Nos permitiremos con este motivo una sencilla observación; y es, que con negar las curaciones obradas en Ars, y luchando contra la evidencia de los hechos y la fuerza de las pruebas, no se concluye con los milagros. Éstos abundan en el fondo del alma humana: todo hombre en quien se haya apagado la antorcha de la fe cristiana, y que, por una ilustración súbita, la siente renacer, si reflexiona un poco y se examina de buena fe, viene á ser un milagro vivo para sí mismo. Ese hombre era sordo, y oye; era ciego, y ve; estaba impedido, y anda; era mudo, y habla; estaba muerto, y una palabra de lo alto le ha restituido á la vida: no hay prodigio, á nuestro entender, comparable con ese prodigio. Pues bien: ¡he ahí la clase de hechos que se han repetido en Ars por

espacio de treinta años, en millares y millares de almas, y eso es lo que la incredulidad tendría que combatir!

No sé quién ha dicho que, para los que aman á Dios de veras, no había en todas las lenguas más verbo que éste: *convertir*. Por eso todos los Santos se han consagrado á la conversión de los pecadores; éste era el fin hacia el cual se dirigían todos los pensamientos del Párroco de Ars, y la obra en que gastaba todo su tiempo y todas sus fuerzas. Suponiendo que en las quince ó dieciséis horas que diariamente pasaba en el confesonario oyese, por término medio, unos cien penitentes próximamente, cálculo que nada tiene de exagerado, ¡qué suma arroja al fin del año! Tal fué la vida del Párroco de Ars durante treinta años.

Generalmente hablando, el Beato Juan Bautista Vianney hallaba á los hombres condescendientes, benévulos y bien dispuestos á la conquista que deseaba hacer de su alma para Dios y para la verdad. El amable Jesús quiso que ese corazón tan humilde y dulce poseyese el imperio prometido á la dulzura. Reservando para sí las santas violencias que arrebatan el cielo, el siervo de Dios derramaba sobre cuantos se le aproximaban aquel espíritu de mansedumbre y de paz que gana los corazones de todos. ¡Con qué ternura abría su alma á los pobres pecadores! La primera necesidad que sentían en su presencia, era siempre de llorar. Había en sus ojos, continuamente llenos de lágrimas, una cosa tan dulce y penetrante, que convertía con la mirada tanto como con la palabra. Mas, cuando hablaba, era con palabras que derretían los corazones.

«¡Qué desgracia, decía, pobres pecadores! ¡Qué dolor! ¡Si Dios no fuese tan bueno!... ¡Pero es tan misericordioso y tan bueno!... ¡No, no se puede comprender tanta maldad y tanta ingratitud!... Eso es que falta la fe... Algún día comprenderemos esta verdad, mas ya será tarde.

«¡Oh Dios mío! ¿Qué amaremos, pues, si no amamos el amor?... ¡Huimos de nuestro mejor amigo, y nos arrojamus en los brazos de nuestro verdugo!... ¡Qué desgracia! ¡Qué compasión! ¡El pobre pecador es, en verdad, muy desgraciado!»

Y el llanto ahogaba su voz, y con el reverso de su mano enjugaba las lágrimas que surcaban sus mejillas. Uno de los días en que con más abundancia corrían sobre un pobre pecador arrodillado á sus pies, pero que tenía el corazón frío y seco, sin dar señales de dolor, viendo que su confesor lloraba, le dijo: «¿Qué tenéis, padre mío, que tanto lloráis?—¡Oh, amigo mío, le respondió el santo sacerdote; lloro porque tú no lloras!»

Como se ve, el Párroco de Ars llegaba hasta el fondo de los corazones, movía las almas, les daba luz, las transformaba; y esto lo conseguía, no por los encantos y elocuencia del lenguaje, sino por esa vida de su palabra, por ese fuego que sale del corazón y de los ojos de un apóstol, por esa gracia divina que la fe y el amor hacen sobreabundar en los Santos, y éstos derramaban sobre sus oyentes. Una palabra sencilla, pronunciada por ese santo sacerdote, producía en un instante milagros de conversión, que jamás hubieran obrado todos los libros y discursos, aun los más elocuentes.

La primera conquista que el Beato Vianney hizo

para Nuestro Señor fué una mujer jansenista de Fa-reins, poseída enteramente del espíritu de la secta. Esta mujer, que no tenía más ciencia que su orgullo y terquedad, era conocida por el ardor indiscreto de su proselitismo y de su adhesión al error. Llegó á Ars, ignorándose el motivo, en una fiesta de la Santísima Virgen, y durante la víspera observó mucho al señor Párroco. ¿Qué pasó por esta mujer para que, con admiración de cuantos la conocían, se aproximase después de la función al tribunal de la penitencia? Larga fué la confesión, y muchos se decían: «¿Conseguirá nuestro santo Párroco hacer entrar en razón á esa pertinaz?» Lo consiguió, en efecto, á fuerza de paciencia: sus palabras terminaron la obra que su sola presencia había comenzado. Después de las pruebas necesarias, recibió los sacramentos de Penitencia y Comunión, convirtiéndose á Dios de todo corazón. Y para ponerse á cubierto de las sollicitaciones de sus correligionarios, tomó el partido de fijar su residencia en Ars, donde fué ejemplo vivo de edificación para todo el mundo. Lloraba sin cesar la desgraciada su infidelidad pasada, y daba gracias á Dios continuamente por haberse dignado, en su misericordia, abrir sus ojos á la luz. Murió, por fin, en la paz del Señor, con los sentimientos de la más viva fe y de la más ardiente caridad.

Poco tiempo después comenzó á generalizarse la reputación del siervo de Dios, con motivo de un suceso que llamó mucho la atención de todos: tal fué la conversión de un sabio lionés, llamado Messiat. Un Cura amigo nuestro se hallaba en Ars por entonces, y deseando saber los detalles de la conversión, se informó del mismo convertido, y le contó las cir-

cunstancias del suceso en los términos siguientes:

«Ocho días hace que salí de Lyon para hacer una expedición geológica por las montañas del Beaujolais y del Maçonnais, que debía durar un mes. En el coche que me llevó á Villafranca venía por casualidad un anciano que iba de paso para Ars, y me instó mucho para que le acompañase. «Venid, me dijo, y veréis un Párroco que hace milagros.—¿Milagros? le dije sonriéndome: no creo en milagros. — Venid, os digo, veréis, y creeréis. — ¡Oh! Desde luego afirmo que, si conseguís hacer de mí un creyente, entonces será forzoso humillarse, creer, confesar y exclamar: ¡Milagro...! Pues bien, daremos un paseo á Ars, ya que no está lejos del país que debo explorar. Os acompaño.

«Llegamos por fin á Ars, y nos hospedamos en casa de la viuda de Gellard, ocupando una misma habitación. Por la mañana muy temprano me despertó el buen amigo, y me dice:— Messiat, ¿queréis darme el gusto de acompañarme á Misa?—¿A Misa? «No he ido á Misa desde mi primera comunión. ¿No pudierais pedirme otro favor cualquiera?—Os ruego una vez más que me deis el gusto de venir á Misa, porque es la mejor ocasión para que podáis ver y juzgar al Párroco de Ars. No os encargo más que le miréis bien: yo os proporeionaré un sitio desde donde le veréis á vuestro gusto.—Eso poco me interesa; lo que deseo es no desagradaros. ¿Queréis llevarme á Misa? Sea; estoy á vuestras órdenes.

«Llegamos á la iglesia, y el buen amigo me colocó en el banco que está frente á la sacristía. A los pocos instantes se abrió la puerta, y el Párroco de Ars salió á decir Misa. Sus ojos se encontraron con los

«míos; fué sólo una mirada, pero aquella mirada penetró hasta el fondo de mi corazón. Yo me sentí dominado por el poder misterioso de aquella mirada; me incliné profundamente, y cubrí mi rostro con las manos. Permanecí inmóvil todo el tiempo que duró la Misa, y, terminada, traté de salir; mas al pasar junto á la sacristía, donde se agolpaba la gente, oí estas palabras: *¡Salid todos, salid!* Al mismo tiempo, una mano seca estrechó la mía, y me sentía llevado como por una fuerza invencible: cerróse la puerta, y me hallé frente á frente de aquella mirada que me había subyugado. Apenas pude decir estas palabras: «Señor Párroco, tengo sobre mí un peso que me abruma.» Una voz de dulzura angélica, de timbre desconocido, que no me parecía salir de pecho humano, me respondió: «Amigo mío, es preciso que os descarguéis de ese peso cuanto antes; arrodillaos, contadme vuestra triste vida, y Dios Nuestro Señor cargará con vuestro peso, porque Él ha dicho: *Venid á mí todos los que estáis cargados, y Yo os aliviaré.*

«Al oír este lenguaje, mi turbación desapareció en parte, me arrodillé, y sin pretender hacer una confesión, comencé á contar á aquel santo hombre la historia de mi vida desde la primera Comunión. Mientras esto hacía, me rociaba con sus lágrimas, y de cuando en cuando exclamaba: «¡Oh y qué bueno es Dios! ¡Cuánto os ha amado!» Yo onlloraba, pero mi enorme peso desaparecía, y me levanté de sus pies lleno de gozo y enteramente consolado. «Buen amigo, me dijo el Párroco de Ars, volved mañana: id al pie del altar de Santa Filomena, y rogadla interceda con Nuestro Señor para que os conceda la gracia de vuestra conversión.» Confieso que no lloré

»en la sacristía, pero á los pies de Santa Filomena
»derramé muchas lágrimas. ¡Oh, Dios mío, cuán dul-
»ces son las lágrimas, y cuánto descargan el peso del
»corazón!»

«Señor Párroco, añadió el convertido, dirigiéndo-
»se á su interlocutor: ya que mañana, Dios mediante,
»he de confesar y comulgar para que el Señor me
»perdone, ¿tendrais la bondad de aplicar la Misa por
»mí, á fin de que no sea enteramente indigno de tan
»soberano favor?—Si, amigo mío, con mucho gusto.»
»El Sr. Messiat asistió al Santo Sacrificio, que el ve-
»nerable Párroco ofreció á su intención, y luego fué
»á recibir la gracia de su reconciliación con Dios.
»Permaneció aún en Ars algún tiempo, renunció á la
»expedición científica, y volvió á su casa para sa-
»borear en la soledad las alegrías de su conversión á
»Dios.»

En el año de 1838 llegó á Ars, acompañado de al-
gunos amigos, un barquero dedicado á la navegación
del Saona. Este desgraciado pagaba largo tributo á la
indiferencia religiosa y á las preocupaciones de las
personas de su clase y de su época. Tenía tal odio y
horror á los sacerdotes y á la confesión, que se enfu-
recía contra los que le hablaban de eso. En seme-
jantes casos, hacía uso del sofisma, de la burla y
de la blasfemia, de cuyos artículos tenía un completo
surtido.

Al llegar á Ars, resolvió visitar la iglesia, movido
solamente por un sentimiento de curiosidad. Cuando
entró en ella, se dirigió al coro en ocasión que estaba
allí el santo Párroco, confesando hombres; pero ¡cosa
rara! asaltado súbitamente por una especie de vérti-
go, se vió precisado á salir para respirar aire libre;

mas, repuesto un poco, volvió á entrar, porque un
atractivo misterioso le llevaba adonde la misericor-
dia de Dios le esperaba. Desde que dió los primeros
pasos sintió una especie de temblor en todo su cuer-
po, y notando su agitación cierta persona piadosa que
estaba allí, le animó y ayudó á aproximarse al señor
Párroco, quien le recibió con tanta bondad y cariño,
que consiguió restituirle la calma. La vista de ese
sacerdote, cuyo aspecto era austero y mortificado, y
cuyo cuerpo estaba arruinado por el ayuno y el tra-
bajo, hizo tan profunda impresión en aquel pecador
endurecido, que resolvió comenzar inmediatamente
su confesión general. Mientras estuvo arrodillado á
los pies del confesor, se le vió muy devoto, piadoso y
recogido. Recibió, en fin, la gracia de la reconcilia-
ción y de la comunión, rezó el Santo Rosario con el
fervor de un religioso, y volvió á su casa verdadera-
mente convertido.

En 1840 llegó á Ars un joven que había recibido
educación cristiana de su madre; pero enviado, aún
muy tierno, á cierto colegio del Estado, se puso en
contacto, igualmente que otros muchos jóvenes de su
edad, con toda clase de incrédulos. Por espacio de
ocho años se le enseñó el error bajo sus más variadas
é imponentes formas, y las buenas costumbres que
había adquirido en el hogar doméstico fueron bien
pronto explotadas en su daño. Los sentimientos de
deferencia y respeto que su cristiana madre le había
inspirado para con los mayores en edad, le entrega-
ron sin defensa á las enseñanzas de sus maestros; de
modo que, no pudiendo librarse de una influencia que
le envolvía en todas partes, comenzó por avergon-
zarse de sus creencias, y terminó por ser materialista

y escéptico. Había acabado los estudios, y se hallaba dispuesto á comenzar sus ensayos, cuando oyó hablar de la santa peregrinación á Ars: tomó parte en ella, como otros muchos, para conocer la verdad de lo que allí ocurría, pero apenas con esperanza de hallarla, y dispuesto más bien á reirse del *comediante* y de la comedia.

Dos curaciones se verificaron el mismo día de su llegada, y quiso negarlas; pero cuanto más examinó los hechos y multiplicó las preguntas, menos posible le fué dudar que dos forasteros como él llegaron á Ars enfermos, y volvieron á su casa completamente curados. Este suceso le decidió á tener una conferencia con el santo Párroco, y, admitido en su presencia, le dijo: «Señor Párroco, comienzo por declarar »que no tengo fe, pero me veo embarazado para explicar las dos curaciones de que he sido testigo. »Nada deseo más que creer en algo, y me haríais un »señalado obsequio en decirme lo que debo practicar »para conseguirlo.—Amigo mío, le respondió el santo »Párroco, *aproxímaos á Dios, y Dios se aproximará á vos...* Su gracia iluminará vuestro espíritu, y creereís. Es preciso que os confeséis.»

Estas palabras, robustecidas sin duda por la oración interior del siervo de Dios, penetraron en el alma del joven incrédulo. Turbóse, balbuceó algunas palabras, y, después de cortos momentos de vacilación, se arrodilló é hizo su confesión. Salió del santo tribunal con los ojos bañados en lágrimas y con un rosario en la mano. Permaneció en Ars para acabarse de instruir y afirmarse en la práctica del bien nada menos que un mes, y cuando salió para su casa, Jesucristo estaba ya formado en él.

Una dama incrédula.—¡Oh Dios mío, y cuántas hay en estos desgraciados tiempos! Es una anomalía en este mundo: una dama de alto rango, víctima en su infancia de una educación que sólo había desarrollado los instintos de la naturaleza viciada, y más tarde víctima de esos principios corruptores y de esas máximas sensuales que divinizan todas las inclinaciones malas y autorizan todas las debilidades, había llegado al extremo de blasfemar de las verdades que la condenaban, de las virtudes que no tenía, y de los deberes á que había dado de mano. Esta pobre señora fué á Ars, movida por un sentimiento de curiosidad, ó, más bien, porque había sonado para ella la hora de la misericordia de Dios, sin advertir siquiera haberlo merecido.

Luego de llegar, procuró tener una entrevista con el santo Párroco, y lo consiguió con facilidad. Nadie sabe lo que pasó en esta audiencia: el hombre de Dios tenía á veces reservado para las mujeres del gran mundo un lenguaje que las aterrorizaba. Lo cierto es que esa mujer, tan elevada como orgullosa por su rango, se arrojó á los pies del venerable Párroco, cual Magdalena á los del Salvador, y le prometió cumplir cuanto le ordenara. Después de haber hecho unos ejercicios espirituales en Ars, se fué derecha, y sin volver al mundo, á una casa religiosa, en la cual se consagra al servicio de los pobres de Jesucristo hace ya dieciséis años. Esta conversión ocurrió en el año de 1845.

Un marido indiferente y una mujer cristiana.— Tales son frecuentemente las condiciones del matrimonio en nuestra época. Difícil es apreciar la suma de dolores que se hallan en el fondo de esos contras-